


Enrique Carlos Martín



# Detectives EXTRA escolares



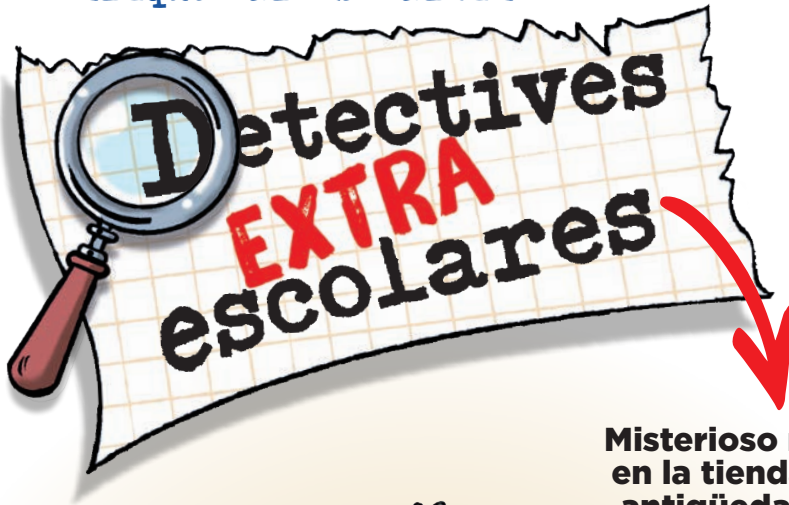
**Misterioso  
robo en la tienda  
de antigüedades**



DESTINO

Enrique Carlos Martín

# Detectives **EXTRA** escolares



Misterioso robo  
en la tienda de  
antigüedades



DESTINO

*Para mis hijas, Irene y Andrea, con las que  
he aprendido que el amor puede ser infinito.*

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2023  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto y las ilustraciones, Enrique Carlos Martín, 2023  
Representado por Tormenta, www.tormentallibros.com  
© Editorial Planeta S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2023  
ISBN: 978-84-08-27051-5  
Depósito legal: B. 5337-2023  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.  
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Capítulo 1



Cuando los Detectives Extraescolares se encontraron en la calle y se saludaron con la felicidad pintada en sus caras, todavía desconocían el extraño misterio en el que pronto se verían envueltos: una aventura con espadas, fuego y animales hipnotizados.

Iban de camino a las clases extraextraescolares de su admirada profe detective, doña Equismunda Clave. Asistir a esa actividad ya daba sentido a sus sonri-



sas, pero en aquella tarde de viernes soleado algo más rondaba por sus cabezas.

—¿Vais al circo? ¡Llegaron al barrio el lunes pasado! —celebró Bruna.

Vestía como siempre con colores brillantes y alegres, y sacudía sus rizos rojizos mientras simulaba ser una malabarista cruzando un cable a mucha altura, poniendo un pie justo delante del otro y guardando el equilibrio con los brazos abiertos.





—¿Sabéis cuándo es la función? —preguntó Kike—. Me gustaría ir, aunque, la verdad, espero que no haya payasos.

—¿Un circo sin payasos? ¿Qué clase de circo sería ese? —respondió Lena, y enseguida se puso colorada. Quizá se había pasado de brusca.

—Un circo con buen gusto —respondió Kike, con gesto de adulto experimentado. Se alisó la sudadera que, como siempre, le venía enorme—. Los payasos dan yuyu. Y los monos. Los monos dan mucho yuyu.

—¡Ja, ja, ja! —rio Bruna—. Que te den miedo los payasos, vale, le pasa a mucha gente. Pero ¿los monos? ¡Con lo que te gustan los animales!

—¿Y qué? También me gustan los tiburones y le dan miedo a todo el mundo.

—Vas a comparar un mono con un tiburón —respondió Bruna.

—¡Los monos son peores! —exclamó Kike—. Te pueden perseguir por tierra.

Álex se detuvo de golpe y señaló a lo lejos.

—¿Aquella no es doña Equis? ¿Qué está haciendo?


Efectivamente, doña Equis se encontraba al final de la calle, sentada en un banco de madera cerca del cole. Los ancianos solían sentarse allí para dar de comer a las palomas y los gorriones.

Pero doña Equis no solo tenía pájaros a su alrededor, ¡los tenía por encima!

¡Hasta en el sombrero!

Los niños corrieron hacia el banco y, al llegar, pudieron entender mejor la escena.






La profe detective tenía un bocadillo a medio comer en las manos. Seguramente había tenido un ataque de sueño de los suyos mientras merendaba, se había quedado totalmente inmóvil y los pajarillos se habían animado a picar las miguitas de su gabardina. Después, a picotearle el bocata. Y terminaron paseándose por encima como si doña Equis fuese una estatua.

Kike sacudió las largas mangas de su sudadera como un espantapájaros viviente y tras un instante lleno de aleteos, trinos y plumas, los pájaros desaparecieron. Los niños se sentaron en el banco y mejoraron el aspecto de doña Equis, le enderezaron el sombrero y le sacudieron la gabardina.

No podían hacer mucho más. No podían despertarla. En algún momento ella se recuperaría sola del ataque de sueño.

—¡Qué faena le hizo aquel maldito mosquito duermela a doña Equis! ¿Verdad? Resolvió el caso de Muchachinche, pero el bicho le picó y contrajo la enfermedad del sueño. ¡Y ahora se duerme en cualquier momento y lugar! Menos mal que lleva siempre esas enormes gafas de sol, así nadie sabe que se ha quedado frita. La verdad es que no sé cómo puede seguir con su profesión con tanto ánimo —se compadeció Lena.





—¡Pues gracias a nuestra ayuda, claro! —exclamó Bruna, con una gran sonrisa—. Para eso estamos sus alumnos, los Detectives Extraescolares. Para ayudarla en sus nuevos casos detectivescos.

—Y para quitarle las miguitas —sentenció Álex.

—¿Cómo? ¿Tú, haciendo bromas? ¡Oye, que eso es lo mío! —saltó Kike, con cara de pillo.

—No bromeo. La limpieza y el orden es tanto o más importante que desvelar misterios —sentenció Álex. Se alisó el pelo y se arregló el nudo del jersey que llevaba sobre los hombros.

Kike abrió la boca y la cerró. Su amigo hablaba en serio. Para él seguro que lo era.

Estaba claro que la intención de los cuatro, además de aprender a descubrir misterios de la mano de aquella fabulosa detective, era cuidar de ella. Habían tomado la decisión tras su primer caso juntos, el llamado *Cambiazos misteriosos en la biblioteca*. Aquel caso fue genial, intenso, extraño y, lo más importante, les unió para siempre.

Lena envolvió en una bolsa de papel el resto del bocadillo e intentó metérselo a doña Equis en uno




de sus bolsillos, pero algo en el interior le estorbaba. Lo sacó para hacer sitio y resultó ser una agenda.

—¡Vaya! ¡Doña Equis tiene un nuevo caso! —exclamó Lena, enseñando una página a sus amigos.

Los demás miraron la agenda y luego, a ella.

—Estaba abierta por el día de hoy y tenía una anotación imposible de no ver —se excusó Lena, algo colorada—. No soy una cotilla. Bueno... No tanto.

Los cuatro rieron antes de seguir.



—Os leo lo que ha apuntado —dijo Lena—: «Reunión viernes, 17:00 h. Tienda de antigüedades Williams e Hijo. Nuevo caso con misteriosos robos y devoluciones».

—¿Robos y devoluciones? —preguntó Kike—. Y eso, ¿qué será?

—«Williams e Hijo» —dijo, pensativo, Álex—. Está aquí cerca. En alguna ocasión he entrado en esa tienda con mi madre, a comprar libros antiguos.

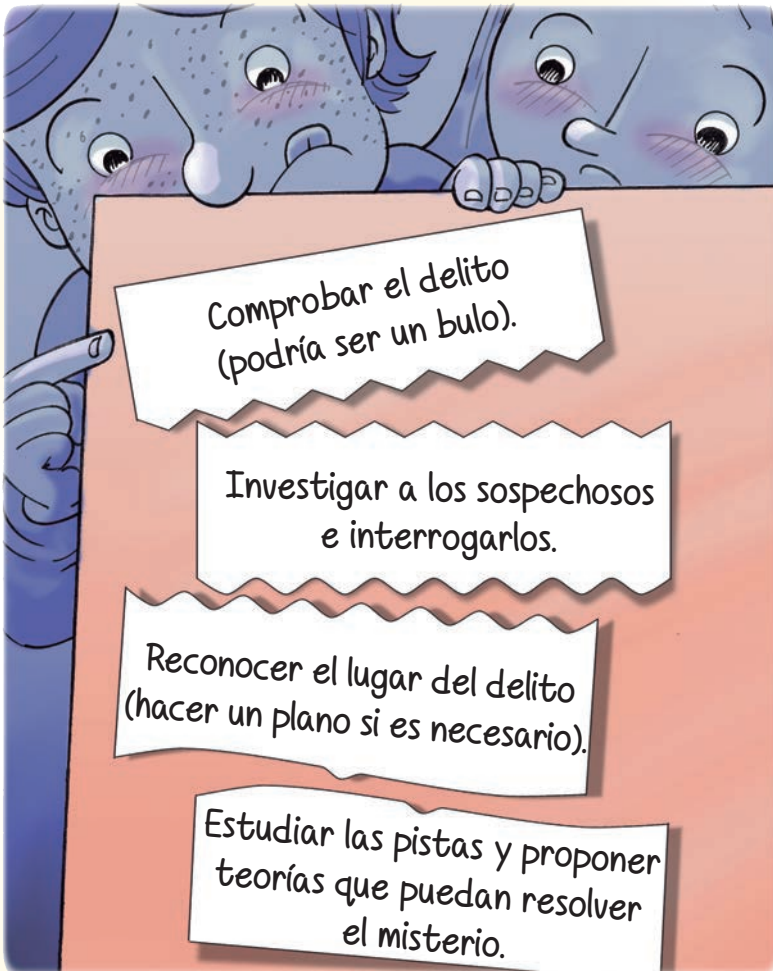
—¡Uuuuh! ¡Nuevo caso! —exclamó Bruna, con los ojos muy abiertos—. ¿A las cinco? ¡Eso es dentro de diez minutos! Pues no va a llegar. Está superfrita.


—¿Vamos nosotros? —dijeron los cuatro a la vez, cruzando miradas llenas de ilusión.

En nada se plantaron frente a la tienda de antigüedades. La fachada, pintada de blanco, era estrecha y agradable. A la izquierda se situaba la entrada, una gran puerta de madera antigua de azules desvaídos; a la derecha, un escaparate de cristal con un marco también de la misma madera. Bajo el escaparate y hasta el suelo, una franja de piedras de un gris rojizo daba al conjunto un aspecto sólido.

El escaparate ofrecía objetos de todo tipo, dispuestos de cualquier manera. Apenas si había orden entre ellos. Álex suspiró con fuerza.

Antes de entrar, recordaron los cuatro pasos básicos de toda investigación detectivesca que doña Equis les enseñó en el caso anterior.





Empujaron la puerta y, al hacerlo, arrancaron el agudo y tembloroso sonido de una campanilla colocada sobre la entrada.

Enseguida acudió un hombre mayor de barba blanca, con chaqueta, chaleco y reloj de bolsillo de larga cadena. Parecía venir a atender desde el siglo pasado.

—¿Señor Williams? Somos los Detectives Extraescolares. ¡Ya estamos aquí! —exclamó Bruna, haciendo una reverencia como si hablara con un marqués.

—Eh... Sí, soy... Pero ¿cómo dices? —dudó el dueño de la tienda.


—Venimos de parte de doña Equismunda Clave —aclaró Kike.

—Aunque ella no lo sepa —puntualizó Álex.

Los demás se volvieron y le echaron una intensa mirada. Álex se encogió de hombros con un «¿qué?» pintado en la cara. No acababa de entender cómo iba eso de «adornar la verdad» que siempre le repetía Kike.

—Verá —intervino Lena, más colorada que la espalda de una mariquita—, mientras doña Equis se





recupera de su anterior caso, nosotros empezaremos a estudiar el suyo, el misterio que ha titulado como «Misteriosos robos y devoluciones». En un rato estará por aquí.

—¡Ah! —arrancó por fin el señor Williams, saliendo de sus dudas—, sí, entiendo. Bien, veamos.

El dueño de la tienda se giró y abrió los brazos. Los niños observaron todo lo que les rodeaba. Si bien la fachada de la tienda no era muy ancha, el interior era otra cosa bien distinta. Se abría generosamente a un lado y a otro, de forma irregular y con distintos espacios.


El local era realmente grande y, aun así, parecía que no tuviera espacio para un trasto más. Cientos de objetos antiguos se amontonaban, dejando pasillos para el ir y venir de los clientes.

Libros, relojes, platos, soperas, paraguas, bastones, esculturas, pinturas, molinillos, gramolas, pequeños muebles, lámparas, percheros y todo tipo de elementos decorativos que conservaban el aire de años pasados para el disfrute hoy de los apasionados de aquellas épocas.

—Como veréis, tenemos un amplio surtido de ob-



¿Has estado alguna vez en una tienda de antigüedades? Esta es un poquito inquietante, ¿no te parece?



jetos a la venta —confirmó el señor Williams—, pero, a pesar del elevado número, tengo en mi cabeza y en mis libros el registro de todos y cada uno de ellos.

El dueño de la tienda comenzó a pasear despacio por los pasillos, mientras seguía con sus explicaciones.

—Desde hace unos días están desapareciendo algunos objetos. ¡Robos, no cabe duda! Pero lo misterioso del caso es que, antes de que me dé tiempo a denunciarlo a la policía, ¡vuelven a aparecer!

Los niños entendieron entonces a qué se refería doña Equis con «devoluciones». El señor Williams prosiguió con su explicación.

—El único objeto realmente valioso de mi negocio es un collar visigodo que guardo en la caja fuerte de mi oficina. Una buena caja fuerte, hecha de acero, así que eso no me preocupa. ¡Pero no puedo dejar que roben en mi tienda, aunque luego devuelvan lo robado!

—Puede que simplemente se hayan extraviado unas horas —dijo un tipo enorme que se acercó por otro pasillo. Se parecía al señor Williams, pero era mucho más joven y vestía de forma más actual.



—¡Paparruchas! —berreó el dueño de la tienda—. Este es mi hijo, Rob, que trabaja conmigo. Está empeñado en que estoy perdiendo la cabeza y que esos robos son solo despistes míos —prosiguió, más enfadado que un mono con un camión de plátanos pochos.

Rob miró al techo con gesto de paciencia infinita y se volvió a trabajar al fondo de la tienda.

Una vez más, sonó la campanilla de la puerta de entrada.

—¡No te vayas, zopenco! —le gritó su padre—. ¡Tengo aquí apuntado todos y cada uno de los robos! Os lo leeré... ¿Dónde he puesto mis gafas? —dijo, palpando los bolsillos de su chaqueta.

Los niños ayudaron a buscar las gafas en uno de los mostradores en forma de «U», el que utilizaba normalmente el dueño de la tienda.

—Algún despiste sí que tiene —susurró Kike—. ¿O le habrán robado las gafas? ¡Oh, no! ¡Es el misterioso ladrón miope!

Kike adornó sus palabras con una gran sonrisa. Hasta las numerosas pecas que le decoraban la cara parecían sonreír.



—¡Pretende robar todas las gafas del mundo, para que nadie vea mejor que él! —siguió susurrando. Oyó a sus amigos reír por lo bajini, mientras seguían buscando.

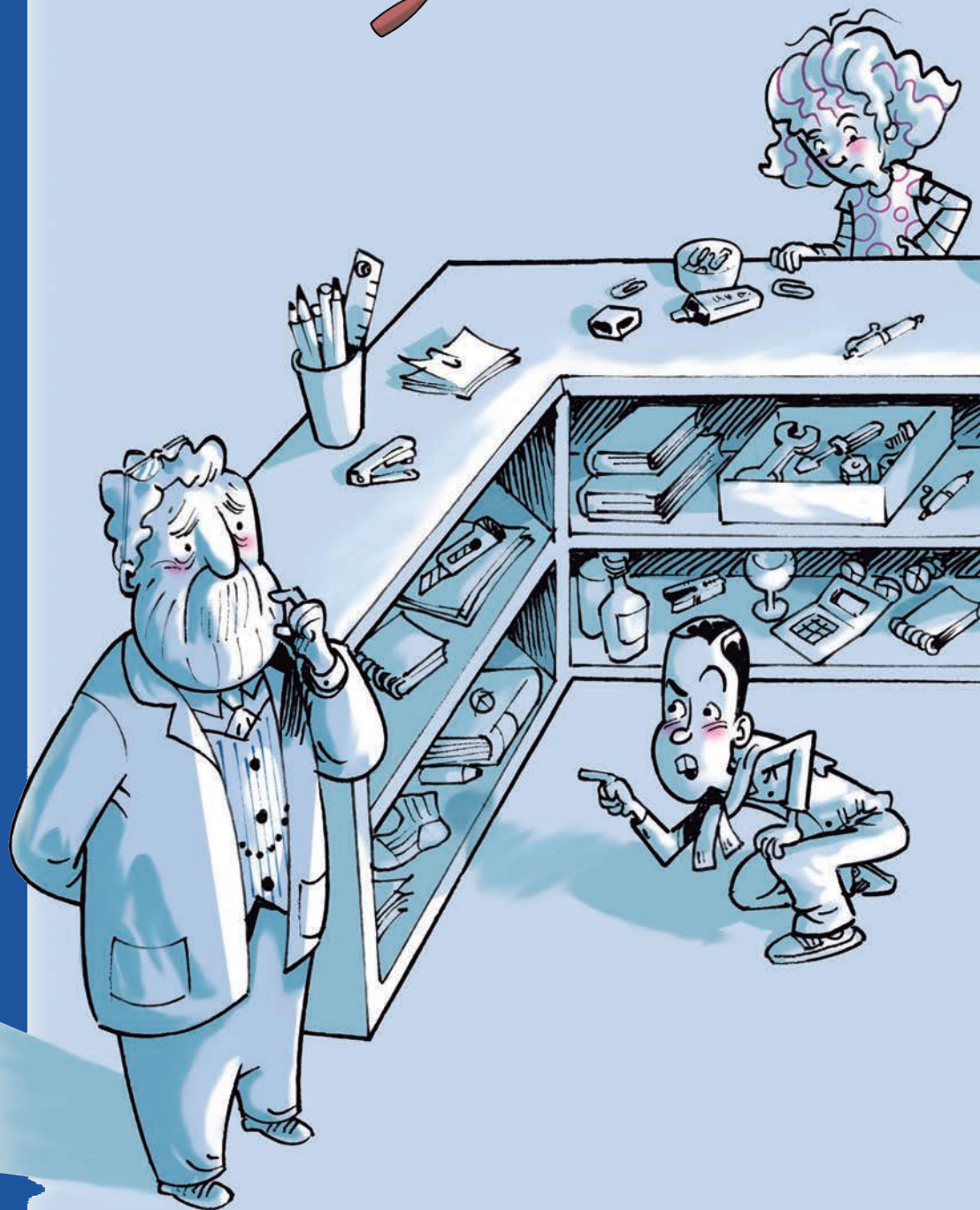
El bromista aún estaba agachado cuando percibió que una sombra se acercaba por su espalda.

«¡Hombre, doña Equis por fin se ha despertado!», pensó Kike.

Se incorporó y se giró alegre, esperando ver a la detective.

Pero lo que vio a un metro escaso de su cara le heló la sangre.





¿Dónde están las gafas del dueño de la tienda? ¿Tú las ves?



# SOLUCIÓN



Le petit chat  
a mangé un  
bon gâteau.

